

Jesús llega al Calvario

¡Gólgota! ¡Calaveras!... hosco lugar de olvido,
de oprobio, de justicia. Todo muerto. Se siente
vibrar el silbo aciago de la antigua serpiente,
entre humedad viscosa de osario maldecido.

Hay una calma lúgubre... Y sobre el encendido
horizonte bronceo la figura silente
se pinta, blanca y dulce, del Divino Inocente...

¡Hora sexta!... Es la hora de triunfar el Ungido.

Porque Tú siempre triunfas, Señor. Pronto a empe-
caerás sobre la cruz, do clavarán tus manos. [llones,
En ella, como un trono, te izarán los sayones.

¡Rey Inmortal de los siglos! Perdona nuestros vanos
delirios, y haz que en torno a tu cruz los corazones,
cansados ya de odiarse, se abracen como hermanos.



SOL DE INVIERNO

El sol de invierno su calor ofrece
al aterido y árido paisaje.
A veces blanca nube, entre su encaje
sutil y vaporoso, lo oscurece.

Mas de nuevo su disco reaparece
y en la espesa maraña del bosque
entre la trabazón de su ramaje
como poma madura resplandece.

En la alegre mañana su reflejo
lo ví sobre el cristal del claro río
que es del paisaje encantador espejo.

Y ahora, que ya agoniza en el poniente,
su postrer resplandor, pálido y frío
lo veo morir en tu serena frente.

MANUEL MONTERREY

SIN NINGUNA IMPORTANCIA

Los hombres solemos asociarnos para diversos fines: no todas las veces que debiéramos para obtener un resultado espiritual o cultural; con harta más frecuencia para especulaciones económicas y, sin ninguna clase de dudas, la mayor parte de las veces, para reventarnos los unos a los otros. Sencillamente.

Todos sabemos que el hombre es el bímano de más inclinación a reunirse con sus semejantes. Lo que no hemos podido averiguar todavía es si esta afición tuvo su origen en la necesidad de agruparse para así defender sus intereses con sus naturales enemigos o si más bien lo hizo, llevado de su altruismo, para complementarse en el esfuerzo y duro diario de su vivir. Con menos piadosas intenciones hemos oído decir que su más patente designio ha sido siempre la puesta en práctica de sus naturales instintos de explotación.

Lo mismo nos da; pero es lo cierto que, a través de todas las épocas, el hombre siempre ha buscado al hombre, cuando no a la mujer. De esta forma tan simplista debieron nacer las primeras agrupaciones que serían las bases de los pueblos, rudimentariamente al principio, es claro,

Más tarde, cuando a fuerza de digerir lentejas fué acumulando la mala calidad de su no muy lejano hermano Caín, se arrogó, sin duda, el derecho a administrar, y ya en este plan metió las manos en los bolsillos ajenos, en forma de tributos, y fundó una política y un atisbo de gobierno que empezó a organizarse.

Poseemos recios fundamentos para creer, con nuestros mejores respetos para la clase, puesto que yo mismo descendiendo de ella, que el primer ensayo que se hizo para lanzar al mercado ese producto al que conocemos en nuestros días con el raro nombre de empleomanía fué el maestro de escuela. El cuitado tuvo que pagar bien caro su atrevimiento porque durante infinidad de años su árbol genealógico, maltrecho por toda suerte de monterillas entonces al uso, apenas si asimiló alguna cosa más que los camaleones.

Sin embargo, no se ha llegado a reconocer lo suficientemente su estoicidad y todos los empleados, sobre todo los del estado, le deben un homenaje de gratitud por cuanto que, con su paciente perseverancia y heroísmo, derrotó la repugnancia estatal a mantener a sueldo a clase alguna, no siendo política, por útil que fuera.

Organizada así, en principio, la sociedad humana, sin atarjeas aún y, por consiguiente, con el cólera morbo acechante en todas partes, son muchos lo que siguen creyendo que entonces se debía vivir mejor. De aquellas épocas eran los alcaldes que invitaban a sus convecinos a pedir justicia, si la habían de menester, antes de que se fuesen a arar. Bien claro se ve que aquellos hombres atendían

antes a sus cosas que a cualquiera cargo de la sociedad. Nadie quería responsabilidad, y los cargos públicos eran, en la mayoría de los casos, tozudamente rechazados. A partir del siglo actual, ya no se rechazaban tanto los cargos públicos sino las cargas públicas. He aquí la diferencia de dos civilizaciones.

Cualquiera que haya entrado con conocimiento de causas en el presente siglo, reconocerá, con nosotros, que apenas si los hombres habían dado entonces en la manía de organizarse por un quitame allá esas pajas. El comercio, la industria, la agricultura, por ejemplo, actuaban con su propia iniciativa y todos se enriquecían. Los mismos obreros nunca comieron mejor ni tuvieron menos problemas ni mengs ojerizas, y en este ambiente de relativo bienestar colectivo se oreaban, no cabe duda, los corazones. No estaban organizados, pero estaban unidos espiritualmente. Ved aquella costumbre patriarcal de oír misa antes de comenzar el trabajo.

Así las cosas, ¿qué extraño era que todos se acudieran, así en los infortunios como en los grandes días, con verdadero amor, sinceramente, sin la menor sombra de recelo?

Pero, amigos míos. Así como hemos podido saber por todas las radios que de Méjico vino el amor, no hemos podido conocer, en cambio, de dónde diablos llegaba aquel espíritu asociativo que asalataba a todos los hombres. Por cualquiera cosa se hacía una junta directiva, un comité, un consejo de administración, un vaya usted mucho con Dios. El resultado no se hizo esperar demasiado y muy pronto vimos cómo se formaron dos bandos de los cuales salían, por todo el mundo, chispas de cuatro mil voltios.

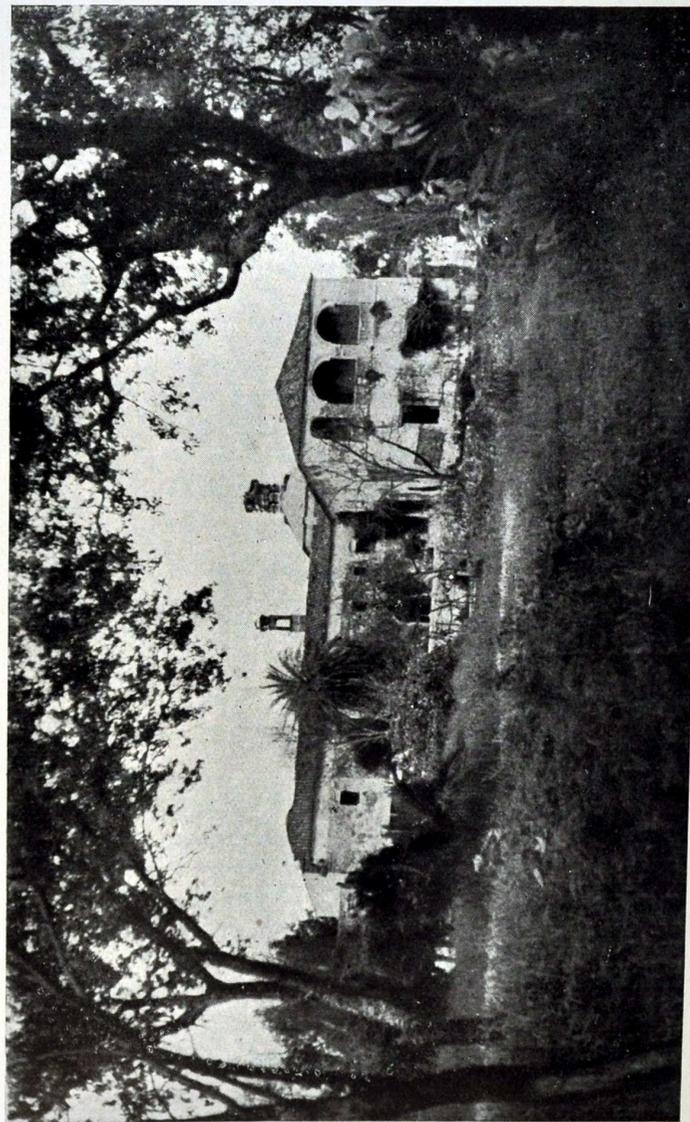
Pues bien: si de este mal no ha de curarse tan pronto el mundo, ¿por qué no hemos de encauzarlo como se encauza, para bien de todos, las aguas tenebrosas de un río? Oigamos la voz de la Iglesia y fundemos una asociación más: la de los hombres de buena voluntad que traten en todos los sitios, y en todos los momentos de restablecer las buenas costumbres y el amor mutuo quitando personalmente diferencias, rencores, envidias, soberbias y tantos otros demonios que nos envuelven y nos corroen, hoy más que nunca.

MARIANO E. CARDENAL

Lea Ud.

"ALCÁNTARA"

y propáguela entre sus amistades.
De este modo contribuirá a difundir, dentro y fuera de nuestra región, las letras extremeñas.



ALBUM EXTREMEÑO: Valencia de Alcántara. Convento de Montesino